

# Una partidita de ajedrez

---

*-Apurando un minuto-(Abril 2014)*

El día amaneció gris, y por las trazas se iba a mantener así, al menos hasta la tarde.

Mejor, porque con un día de primavera risueño y soleado cuesta más concentrarse, y la reclusión de varias horas que supone una partida de ajedrez en competición, es un sacrificio muy grande, si se piensa en otras posibilidades como un paseo por el campo, o sin salir de Madrid, una visita al Jardín Botánico, pongamos por caso.

El día adusto y antipático que los dioses benévolos nos habían preparado, al equipo de ajedrez nos pareció un presagio de lo que se nos avecinaba.

Era ganar, o ganar. No había otra alternativa para mantener la categoría.

Nos habíamos preparado a conciencia durante los cuatro meses que dura la competición. Los demás equipos habían hecho lo propio, como demostraba la igualdad en los resultados, sobre todo en el tramo final del campeonato.

Para un jugador de ajedrez, cada partida supone una evaluación de su inteligencia, astucia, memoria, conocimientos de la teoría en todas las fases del juego, la capacidad de mantenerse tres o cuatro horas sin distracciones, que pueden ser fatales, la vanidad, en fin, tantas cosas...y más jugando en equipo, sintiéndote parte de un grupo.

Miedo, se siente miedo a perder, a equivocarte. Miedo, en mi caso, porque aparte de mis limitaciones técnicas, venía apreciando desde hace algunas semanas una alarmante pérdida de memoria, que yo achaco a la pila. La pila de años que acumulo.

Yo creo que nadie se había dado cuenta, por eso confiaban en mi para defender el tablero uno. El más difícil, el más comprometido.

¡Venga chico, que tú puedes, ya verás como le quiebras el espinazo a ese capullo! Me decían para animarme ante mi ruego de pasar al tablero dos o tres.

No hubo manera. EL tablero uno del equipo rival era un muchacho de catorce años.

yo le venía siguiendo en Internet y conocía algo de sus preferencias en la apertura, de su forma de combinar en el medio juego, que era más bien conservador, poco amante de tomar riesgos.

Doy por supuesto que él conocía también mi forma de jugar. El dichoso Internet...

Mis compañeros fueron terminando sus partidas y el resultado era de empate. Había que ganar a toda costa.

la mía era también de absoluto equilibrio.

Ya desde el principio, el chaval no me agradó. No me gustó cómo me estrechó la mano, que tenía fría y sudaba. La ofrecía sin fuerza ni vigor; tuve la sensación de tener un lenguado en mi mano cuando nos saludamos.

Luego estaban aquellos granos purulentos que tenía la criatura por aquí y por allá, además era de esos que llevan colgando los pantalones y muestran un palmo de calzoncillos por detrás. Tenía toda la pinta del clásico adolescente pajillero y gilipollas.

Pajillero no sé si era, pero gilipollas desde luego, no.

Respondía correctamente a mis ataques, a mis intentos por desequilibrar la partida, como si me leyera el pensamiento.

A todo esto, el reloj me estaba dejando casi sin margen de reflexión. Me quedaban cinco minutos para pasar el control, y a él treinta.

Empecé a sentirme agobiado e inquieto cada vez que veía a mis compañeros mirar el reloj con angustia.

Tres minutos, dos movimientos y todo sigue igual.

Decido tirar por la calle de enmedio. Pienso en una alternativa trampa, que se me ocurre como una iluminación. Si me toma la torre, un regalo fruto de los nervios, un descuido fatal, tres jugadas más tarde su rey estará perdido merced de mi peón H5 y de mi caballo blanco.

¿Caerá en la celada? ¿Me arriesgo? Tengo que fingir contrariedad, poner cara de que la he cagado...

Busco con la mirada a mis compañeros que rodean la mesa, por si acaso a alguno se le ha ocurrido lo mismo.

Mi capitán parece captar mi mensaje telepático y me hace un gesto mínimo de adelante, o eso interpreto yo.

Tengo que decidirme, el tiempo se agota.

El silencio es sobrecogedor, se puede oír el ronroneo del reloj, y mi corazón late con la fuerza de una locomotora.

Dos minutos.

Me vienen a la cabeza imágenes de mis hijos, de mi mujer, de mis perros, me acuerdo de que mañana me tengo que ir a pagar el recibo de la luz...

Un minuto. Tomo con la mano no demasiado firme el caballo, y le ofrezco la torre.

Me mira a los ojos, sorprendido, incrédulo.

Quiero poner cara de circunstancias, pero en lugar de eso me levanto y me voy a pasear por la sala mientras todos, compañeros y rivales rodean la mesa.

El muchacho, sujetándose la cabeza con ambas manos, se hunde en una profunda reflexión. Silencio. La pelota está en su tejado.

Corre su reloj. Ya sólo le quedan dos minutos y no se decide. Su capitán le hace señas de que haga algo, que mueva; lo vemos todos, pero nadie dice nada por no complicar la situación.

Un minuto. Los dígitos del reloj resbalan muy despacio a mis ojos. Me he vuelto a sentar delante de él.

Toma el alfil, lo retiene en la mano, va a tomar la torre, pero duda aún. Le tiemblan los labios. Suda.

En ese momento mis compañeros gritan ¡Tiempo!

Ha perdido el tiempo. La duda...se impuso al pragmatismo.

Ganamos, conservamos la categoría. Mis compañeros me abrazan.

- Cómo nos has hecho sufrir ¡cabrón!- Me dicen entre risas y suspiros de alivio.

Yo no estoy contento, porque me hubiera gustado más que aceptara el regalo de la torre para haberlo machacado delante de todos.

Al despedirse mi rival, al que yo le doy una palmadita en la espalda para evitar su mano, me dice:

- Era un farol, ¿verdad?

Le respondo:

- El que quiera peces, que se moje el culo